

rault, Terrason y otros tomaron parte apasionada (1). Perrault ante el hecho evidente del eclipse durante largos siglos de la ciencia greco-romana, podía invocar la imagen de esos cauces ó ríos interrumpidos que parecen desaparecer súbitamente, pero continúan en realidad corriendo bajo tierra, para resurgir en toda su abundancia en un sitio lejano (2). La comparación es seductora, pero no es exacta. El saber, una vez adquirido, no se lo traga la tierra y no lleva una vida subterránea; un maestro lo transmite siempre al discípulo, los hijos lo reciben de sus padres, exactamente igual que en las épocas en que florece la ciencia, en las cuales para emplear la comparación de Perrault, el río corre á cielo abierto. El número de los que cultivan la ciencia real, cierta, no es nunca grande; bajo el reinado de la barbarie puede ser aún más restringido que de ordinario, pero su especie no puede extinguirse sino fuera que se la confinase en un solo punto de la tierra, en una clase única de un pueblo único y si fuera atacada y exterminada en el primer combate por un conquistador extranjero salvaje; así es como, por ejemplo, los portadores de la civilización mejicana y peruana han sido exterminados por los conquistadores españoles, antes que hubieran podido establecerse entre unos y otros relaciones que hubieran hecho posibles comunicaciones y cambios intelectuales. Un caso de este género no se ha producido jamás todavía en el curso de la historia en el seno de la humanidad blanca y amarilla, de la que ha creado y representa nuestra civilización y por eso todo lo que ha sido adquirido se ha conservado siempre, y por eso la extensión del saber ha ido siempre en aumento y el progreso del conocimiento ha sido continuo.

Conocer, es penetrar con el entendimiento los fenómenos

(1) Hipólito Rigaut. *Histoire de la querelle des anciens et des modernes*. Paris, 1856.

(2) Perrault. *Paralelo entre los antiguos y los modernos*. Paris, 1688.

y las leyes de su encadenamiento y de su sucesión. La intuición y la adivinación pueden llevar al conocimiento, despertando la atención é imprimiéndole una orientación, pero no son conocimiento. Este no puede ser adquirido sino con ayuda de la observación consciente y voluntaria, rara y excepcionalmente por la apercepción involuntaria y aun por las impresiones sensoriales inconscientes. Hasta es probable que la conciencia interviene en la formación de lo que se llama con el nombre vago de instinto, en la medida en que no se trata de simples tropismos, puesto que si observamos la manera como los movimientos más complicados y cuya sucesión y coordinación exigían al principio la mayor atención y actos de voluntad consciente incesantes, tales como la natación, la esgrima, tocar el piano, se organizan en un automatismo trabajando con seguridad, sin intervención ninguna de la conciencia, de la atención y de la voluntad, la conclusión parece probable, hasta se impone, que todo automatismo, por consiguiente todo instinto, tiene sus orígenes en actos conscientes voluntariamente adaptados á un objeto representado y constituye un resultado organizado de la atención. En todo caso, desde el momento en que la organización está acabada en el sistema nervioso central, la conciencia se halla eliminada de las manifestaciones del instinto, y éste no es en modo alguno un conocimiento. Puede llegar á ser á lo sumo una fuente de conocimiento, en el sentido de que la conciencia que es por decirlo así espectadora de las manifestaciones de su propia vida instintiva, sale en un momento dado de su indiferencia que es su actitud natural en presencia de espectáculos acostumbrados, se despierta á la curiosidad y se plantea la cuestión de la causa y del objeto de los actos instintivos. Es pues, en todos los casos, un trabajo de la conciencia observando los fenómenos con ayuda de la atención y enlazando en representaciones coordinadas sus apercepciones interpretadas y juzgadas, lo que constituye la condición previa del conocimiento. Tanto más la atención es aguda y sostenida, más la observación es precisa y completa, más las re-

presentaciones y los juicios adquiridos coinciden exactamente con los fenómenos, más realidad encierra el conocimiento. El progreso del conocimiento significa pues el aumento de la cantidad de lo real que contiene, y cuando en vez de contentarse con el resultado se asciende hasta el mecanismo que lo produce, hay que decir: el progreso es el aumento de la aptitud á poner en actividad la atención artificial y á mantenerla entera en toda su energía, al abrigo de toda distracción. Ó, en fin, en otros términos: el progreso significa el desarrollo en fuerza y en perseverancia de la voluntad humana en sus manifestaciones intelectuales que son la atención y la inhibición. El papel de esta última es la supresión de nuevas series de representaciones que, suscitadas por impresiones sensoriales y asociaciones interiores, tratan continuamente de hacer irrupción en la conciencia mientras ésta se halla en disposición para realizar una observación determinada que tiene que ser completada en todas las direcciones y cuyos resultados tienen que ser elaborados lógicamente.

De esta definición del progreso concebido como un aumento del saber por el crecimiento de la cantidad de lo real que contiene, resulta que la imaginación que dispone arbitrariamente de los elementos de la realidad y cuyas imágenes no pretenden ser el reflejo fiel de los fenómenos, no puede tener una parte directa en el progreso. Y como el arte es una creación de la imaginación, él también resulta inutilizable como medida del progreso. Fué pues un error pretender resolver la cuestión del progreso por la comparación de las obras de arte antiguas y modernas, como se había tratado de hacer en la famosa disputa de los antiguos y de los modernos en el siglo xvii. Poner á Homero por encima del Dante, del Taso y de Milton, á Sófocles por encima de Shakespeare y de Schiller, á Fidias por encima de Miguel Angel, á Zeuxis por encima de Rafael, ó inversamente, no es probar nada en pro ni en contra del progreso. Los círculos del conocimiento y de la imaginación se intersectan seguramente, pero no se superponen. La humanidad tenía probablemente en sus principios

una fantasía más rica que después (1), puesto que siendo su conocimiento extremadamente pobre, era incapaz de refrenar, consciente ó inconscientemente, la imaginación desbordada en una carrera loca. Esta era espoleada y guiada únicamente por las necesidades, los deseos, las aspiraciones, y su funcionamiento debía procurar sentimientos de placer singularmente intensos, precisamente porque respondía por completo á los apetitos orgánicos y los halagaba. Apenas estorbada por la atención artificial todavía poco desarrollada, no limitada por ninguna consideración á la realidad ignorada ó incomprendida, la fantasía predominaba con mucho en la actividad cerebral y se desarrollaba en una excesiva medida que el hombre civilizado, disciplinado por la razón é instruído para tener en cuenta la realidad, no conoce ya en el estado de salud, sino á lo sumo en las perturbaciones morbosas, en los delirios de la manía aguda, en la embriaguez producida por el opio, el alcohol, el haschisch ó en otras intoxicaciones. Ninguna invención poética de las épocas posteriores iguala en vivacidad y en riqueza de giros sorprendentes á los mitos y á las fábulas de la antigüedad, y todavía hoy tribus salvajes producen cuentos y leyendas muy superiores con mucho á las producciones artísticas similares en los pueblos civilizados. El progreso recorta las alas del Pegaso ó restringe el espacio en que pueda darse libre carrera, le hace circunspecto en sus movimientos, con detrimento de su soberbia impetuosidad y de la gracia de su vuelo despreocupado.

El arte no se ha aprovechado sino indirectamente del progreso del conocimiento en el sentido que éste ponía á disposición de la imaginación que las sometía á una combinación arbitraria, representaciones más numerosas y más seguras y que el sentido de la realidad mejor desarrollado exigía una participación más grande de la razón crítica y de la

(1) J.-B. Vico, *Nuova Scienza*, 2.^a edizione. Nápoles, 1730, lib. I, capítulo II: «Los hombres en la infancia del Universo, tenían que ser naturalmente poetas sublimes».

lógica en el trabajo creador de la imaginación. Podría ser no obstante, que las obras de arte cuyos autores poseen un conocimiento más rico, tuvieran menor fuerza de sugestión, única fuente de su efecto estético, que las obras de creadores mucho más ignorantes, porque éstos creen en sus invenciones fantásticas (1), mientras que aquéllos se colocan por encima de ellas y las reconocen como un simple juego de su espíritu. Ningún moderno habría podido imaginar con la ingenuidad de los antiguos, seres híbridos tales como los centauros, las esfinges, los sátiros, los grifos águilas, las arpías, etc., ó hacer intervenir á los dioses en los destinos humanos como lo han hecho Homero y los trágicos. Por esta razón, ¡cuán poco convencido y convincente parece lo sobrenatural de la *Jerusalén libertada* del Taso y cuán difícil no es para el lector actual acomodarse á las brujas y á los espíritus de Shakespeare que no pueden hacernos estremecer porque es evidente que el mismo poeta no los toma muy en serio!

¿Con qué objeto los hombres hacen pues el rudo esfuerzo de fortificar su voluntad, de hacer su atención más penetrante y más sostenida, de refrenar las carreras sin objeto de las asociaciones de ideas, de introducir siempre más realidad en sus representaciones, en una palabra de adquirir un conocimiento siempre más rico, más sólidamente formulado, más extendido? Se trata aún del único gran objeto de toda actividad vital: de la adaptación más fácil y más precisa á las condiciones naturales en medio de las cuales su existencia está destinada á evolucionar.

Progreso significa ciertamente movimiento hacia un objeto, pero este objeto no es místico, pensado por un espíritu sobrenatural, preestablecido por una voluntad trascendental; es por completo terrestre, concreto, inmanente, es aquel hacia el cual tiende toda vida, es la conservación de sí mismo. El progreso del conocimiento permite utilizar de una

(1) «*Fingunt simul credunt*». Tácito.

manera más ventajosa todos los recursos de la naturaleza utilizables por el hombre, evitar con mayor frecuencia las nocividades y los peligros que le amenazan, aumentar sus sentimientos de placer, suprimir más ampliamente los sentimientos de desagrado, prolongar la duración media de la vida. El efecto inmediato del aumento del conocimiento es de naturaleza puramente utilitaria, biológica; sus efectos indirectos son psicológicos, morales. El conocimiento eleva el sentimiento de independencia del hombre, le confiere una conciencia más grande de su dignidad, despierta su resistencia contra la dominación, la tutela, la explotación egoístas. El hombre que se ha elevado á la comprensión que ninguna afirmación debe ser aceptada ciegamente, sino que queda sometida á la verificación crítica de la razón, á la comparación con los hechos de experiencia, no cree ya en la afirmación que determinados hombres han nacido con el derecho de vivir á expensas del trabajo de sus prójimos y otros con el deber de trabajar para los favorecidos y se niega á desprenderse de los frutos de sus esfuerzos de otro modo que á cambio de servicios deseados y útiles. Y como por otra parte, la atención mejor desarrollada, la voluntad más fuerte le hacen apto para fijar durante más tiempo una idea y para defenderla contra la irrupción en la conciencia de asociaciones que crean diversión, para desarrollarla según las reglas de la lógica, para seguir sus ramificaciones y para formar juicios en los cuales las causas y efectos de los fenómenos son seguidos muy allá de perfecto acuerdo con la realidad, está cada vez más en disposición de penetrar también más allá de los disfraces variados con frecuencia extremadamente ingeniosos que reviste la explotación egoísta y de defenderse más eficazmente contra parásitos que se ocultan en la trastienda de añejas instituciones consideradas como venerables ó que, abordándole con el disfraz de patronos, de protectores, de auxiliares, insinúan en sus bolsillos manos diestras y hábiles. Villa (1)

(1) Guido Villa. *L'idealismo moderno*. Turín, 1905, págs. 205 y sigs.

sostiene con razón que los hombres tienden siempre hacia objetivos próximos porque no ven ni conocen los objetivos lejanos. Pero el progreso consiste precisamente en el aumento de la acuidad visual de su inteligencia, lo que les permite percibir y comprender objetivos situados á distancias cada vez más grandes, penetrar y desentrañar condiciones cada vez más complicadas.

El conocimiento lleva pues, consigo á medida que aumenta, una estimación más alta de valor de la personalidad, hace más difícil y restringe el parasitismo. El individuo se siente y se reconoce á sí mismo como un fin en sí y se deja cada vez menos persuadir por los sofismas sonoros que proclaman que es un deber, pero al mismo tiempo un mérito, una virtud y un heroísmo dejarse explotar, sacrificarse para otros. Las concepciones morales siguen siempre al conocimiento, aunque á cierta distancia; en una fase poco adelantada del desarrollo la moral universalmente adoptada se resume en este principio lapidario: «*Dulce et decorum est pro patria mori*». ¿Cómo no habría de ser «dulce y digno morir por la patria», puesto que el individuo, según enseña Platón en su *República*, no es nada y el Estado, por consiguiente la patria, es todo? Y no sólo el Estado que aun puede ser concebido como una grandeza moral, sino en el seno del Estado, el patricio, el privilegiado. Esto es lo que Lucano (1) expresa con una brutalidad incomparable: «Nunca los dioses han rebajado su providencia hasta preocuparse de vuestra vida y de vuestra muerte (se trata del montón). Todas esas gentes siguen el movimiento de los grandes. La humanidad no vive más que para el provecho de unos cuantos». Moralistas y filósofos ulteriores han tenido la franqueza cínica de revelar

(1) *Pharsalia*. L. V. v. 342 y sig.:

.....numquam sic cura Deorum

Se premit, ut vestrae morti, vestraeque saluti

Fata vacent. Procerum motus haec cuncta sequuntur.

Humanum paucis vivit genus!

el sentido más oculto de esta doctrina moral llena de unción, poniendo al soberano en el sitio del Estado. Así es como Alberico Gentilis pudo decir que el poder de los reyes sobre los pueblos es un derecho natural, necesario, absoluto, primitivo, análogo al derecho del padre sobre sus hijos, y al formular esta proposición, este italiano educado en las tradiciones de la cultura clásica, ha tenido que pensar en la ley de las Doce Tablas: «*Patri familias jus vita et necis in liberos esto*», «el padre de familia tiene el derecho de vida y muerte sobre sus hijos», con esta adición de un carácter más práctico: «*Quidquid filius acquirit, patri acquirit*», «lo que el hijo adquiere, lo adquiere para su padre». Hobbes dió á estas concepciones una forma mucho más acentuada; en su sentir la paz era el bien supremo y la libertad su mayor enemigo; veía en ésta la fuente de todos los males, y el solo medio de secar esa fuente estaba á su juicio, en el despotismo entre las manos del cual la Iglesia debía ser un instrumento para el mantenimiento del orden. ¡Qué diferencia de la teoría de un Platón, de un Alberico Gentilis, de un Hobbes á la de un Höfding (1) que estima el valor moral de una sociedad en la medida en que el individuo está considerado en ella no ya como medio solamente, sino también como fin. Ó si se quiere escoger otros puntos de referencia; ¡qué distancia de «el Estado soy yo» de un Luis XIV á la frase de Federico el Grande: «Yo soy el primer servidor del Estado» y á la «Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano»! De intento me abstengo de llegar hasta el anarquismo moderno á los ojos del cual el Estado es la explotación erigida en sistema de la masa por una clase privilegiada, la noción de patria, con sus armónicas poéticas, una especulación astuta de dicha clase sobre la mentalidad crédula de las gentes de inteligencia pe-

(1) Harald Höfding. *Filosofiske Problemer*. Copenhagen, 1902, página 74; «Maalestokken for et Samfunds Fuldkommenhed vil... vaere den: i hvilken Grad ethvert personligt Vaesen stilles og behandles saaledes, at det ikke staar som blot Middel, men stedse tillige som Formaal».

rezosa, hasta el anarquismo para el cual el que nada posee no tiene patria, no puede tener el más mínimo interés por el Estado y sería un necio si hiciese el menor sacrificio para defender los privilegios de sus explotadores. Concepciones de este género han de parecer abominablemente inmorales y criminales á una moral originada en un orden instituido por la clase privilegiada. No por eso dejan de encerrar, aunque bajo rasgos groseros todavía poco formados, los contornos de la moral de un orden nuevo en que el individuo se reconoce como un fin en sí, vilipendia toda explotación como un crimen y ve una inmoralidad que subleva, contraria á la naturaleza, en toda pretensión de sacrificarse por un objeto fuera de él mismo, aún cuando este objeto se abriessera con los nombres más seductores.

El incremento del saber tiene una consecuencia que va en apariencia dirigida contra la personalidad soberana, pero solo en apariencia. Mejor ilustrado, el hombre comprende que sus semejantes son naturalmente desiguales, que hay entre ellos fuertes y débiles y que aquéllos no resisten fácilmente á la tentación de abusar con respecto á los menos favorecidos, de su superioridad natural. Poco á poco llega á ser el hombre bastante inteligente para encontrar el medio de protección contra los abusos de los poderosos; es la asociación organizada de las medianías. Es pues precisamente el despertar del sentimiento del yo lo que determina al individuo á sacrificar una parte de su independencia, á entrar de buena gana en una comunidad y á soportar restricciones de su libertad á fin de asegurarse con ayuda de un pequeño sacrificio que se impone espontáneamente, contra la degradación en el estado de esclavo y de rebaño explotado por parásitos vigorosos contra los cuales no podría defenderse permaneciendo aislado. Al principio la desigualdad entre los hombres ejerce su influencia, aún en la organización sistemática de los mediocres en vista de la protección mutua. Aquí también un jefe superior á los otros surge y obliga á esos otros, por el peso de su personalidad, por la persuasión, la orden ó

la amenaza, á agruparse en torno suyo conforme á sus intenciones. Desde el punto de vista psicológico y práctico, las cosas no suceden muy diferentemente de como pasaban en los tiempos antiguos, hasta prehistóricos cuando los jefes de guerra alistaban un bando armado; pero el objeto es precisamente lo contrario, puesto que el superior reúne á sus compañeros no en vista del ataque, sino en vista de la defensa, no para explotar, sino para impedir la explotación; el objeto mismo ejerce una acción educadora sobre la comunidad, hasta el punto que el más obtuso, el menos independiente de sus miembros no tarda en darse cuenta de por qué forma parte de ella, de que es un igual entre iguales y de que le garantiza la libertad y la independencia. En la vida social de los hombres, el progreso consiste pues en el perfeccionamiento de la solidaridad voluntaria y consciente del objeto. La explotación se hace cada vez más difícil y no se impone ya finalmente ni por la violencia ni por la astucia; cada uno de los que crean valores no se desprende de ellos sino á cambio de valores iguales y en lugar del parasitismo surge la simbiosis.

Desde el punto de vista biológico esto significa que el progreso coloca á la especie humana, después de un largo rodeo en la misma relación, frente á la naturaleza, que á todas las demás especies de seres vivos. Estos se adaptan por su estructura á las condiciones del medio ó perecen cuando no alcanzan esta adaptación; en el seno mismo de las especies todos los individuos se encuentran en la misma situación con relación al medio, teniendo que luchar cada cual por la existencia con sus medios propios y arriesgando la pena de muerte implacable si es inapto para sostener esta lucha. Solo la especie humana se encontraba al principio, como lo hemos visto, en una situación diferente; no se había por su estructura adaptado á las condiciones del medio y ha hecho durante millares de siglos esfuerzos para adaptar el medio á ella, es decir para realizar la adaptación no con todo su organismo, sino con su cerebro sólo, valiéndose de la observa-

ción, de la invención, del juicio y del conocimiento. Se produjo en seguida, en el seno de la especie humana, una grande desigualdad en cuanto al método de adaptación; los mejor dotados se han entregado, con arreglo á la ley del menor esfuerzo, al parasitismo más cómodo y más ventajoso á expensas de sus congéneres armados menos eficazmente que se han encontrado condenados á ejecutar ellos solos el duro trabajo de arrancar á la naturaleza todo lo que era necesario para la conservación de la especie entera. Pero poco á poco la especie humana llegó, con ayuda de medios artificiales, á hacerse favorables las condiciones del medio hostil y á llevar de nuevo á sus individuos desde el parasitismo al usufructo directo de las condiciones de existencia artificiales creadas por el esfuerzo común. El acabamiento de la adaptación consiste pues así en hacer más fácil la existencia de los hombres en medio de la naturaleza hostil y en hacer el parasitismo más difícil por el desarrollo de la capacidad de defensa, de manera que la ley del menor esfuerzo no oriente ya necesariamente á los individuos aún los más vigorosos hacia el parasitismo.

Hemos ya llegado á la solución completa de la cuestión del progreso. La idea del progreso no tiene sentido ni valor más que para la humanidad; no es aplicable al Universo; no puede haber progreso en el conjunto cósmico; la eternidad del mundo lo excluye tanto como la ausencia de un objetivo, el movimiento hacia el cual significaría un progreso. El pensamiento humano no puede representarse un movimiento eterno en un Universo eterno más que en un ciclo ó en ciclos cuyos sectores todos son iguales entre sí en valor y en importancia. Aún en los límites del sistema solar, sobre nuestro planeta, aún en la serie de los seres vivos no puede tratarse de progreso. No existe ninguna razón objetiva, es decir extra-humana, para atribuir un valor más grande á un globo terrestre encerrado en una costra rígida que á una gota líquida incandescente caminando en el espacio cósmico, ó para poner á una esfera reducida al estado de escoria y congelada, por debajo del estado actual ó del estado más pri-

mitivo de nuestro planeta. Si se quisiera establecer á pesar de todo una diferencia entre los estados, habría que poner la gota líquida incandescente de los orígenes, jerárquicamente por encima de la esfera de costra rígida y del globo congelado, porque la energía bajo todas sus formas—eléctrica, química y dinámica—podría sin duda manifestarse en aquella con mayor poder, libertad y variedad que en la esfera enfriada en que las actividades de la energía se hallan más atemperadas. No tenemos tampoco el derecho de designar con apelaciones que implican juicios de valor, es decir llamar ascensión y progreso, á la evolución que del organismo unicelular ha hecho plantas y animales polimorfos y altamente diferenciados; se puede por lo contrario sostener con mucha razón que los seres vivos más simples son más perfectos que los seres más complicados, porque son más resistentes contra las hostilidades del ambiente, se sostienen mejor en medio de las nocividades, no mueren á consecuencia de un proceso interior, sino que solo pueden ser destruídos por una violencia exterior fortuítá, lo que equivale á decir que disfrutan en realidad de la inmortalidad. Con un egoísmo antropocéntrico ingenuamente inconsciente hemos puesto el hombre y la vida humana como valor fundamental del cual nos servimos para medir el valor de todas las cosas, de todos los seres y estados. Cuanto más un sér semeja al hombre, cuanto más un estado es favorable á la vida humana, tanto mayor valor atribuimos á uno y á otro. Vemos en el hecho de asemejarse al hombre y de favorecer á la vida, la finalidad y calificamos de progreso la evolución que tiende hacia ella. Por esto estimamos la evolución de la nebulosa primitiva hasta el sistema solar, el enfriamiento de la gota inicial hasta el globo terrestre habitable, la diferenciación del sér vivo unicelular hasta el molusco, el gusano, el vertebrado, el animal de sangre caliente, el mamífero, como ascensión, perfeccionamiento, progreso. Esa es una ilusión antropomórfica que no resiste á la crítica gnosológica.

Pero aún en el seno de la humanidad, las propiedades

fundamentales del espíritu y del carácter humanos no son tampoco de naturaleza á justificar la idea del progreso. La memoria del hombre no se ha probablemente perfeccionado; quizá se ha debilitado desde que se ha confiado á la escritura. Del mismo modo, el hombre no ha llegado á ser más feliz; al contrario: el predominio de la razón sobre el sentimiento hace que se cree dolores imaginarios y experimente sus placeres reales con menos abandono y goce. Podría también sostenerse difícilmente que el hombre de hoy sea mejor que su antepasado remoto ó primitivo; sólo ha aprendido á disimular mejor su egoísmo, su indiferencia y su dureza hacia sus semejantes, ó hasta disfrazarlos de amor al prójimo. Pero queda un punto en que se puede observar un progreso real: la esfera de la voluntad. La suma de la energía volicional del hombre no ha aumentado quizá, se manifiesta con menos frecuencia que entre los bárbaros por arrebatos, por sacudimientos bruscos, por explosiones súbitas de la más extrema violencia, por esas altas tensiones que pasan pronto y engendran actos heroicos; pero es uniforme, disciplinada, sostenida y por consiguiente mucho más apta á suministrar un trabajo metódico y fecundo que la fuerza salvaje é irregular del hombre primitivo; es á esta última lo que una corriente de agua canalizada que acciona un molino y corre á través las turbinas de una instalación de fuerza eléctrica es á un torrente que gotea la mayor parte del tiempo en estado de vena minúscula ó se seca por completo, pero á veces también, con una violencia tumultuosa, hace rodar rocas y devasta bosques. La energía volicional, sino aumentada, por lo menos disciplinada, hace posibles una atención sostenida y concentrada, una observación fecunda de los fenómenos, una penetración más profunda de su encadenamiento causal, una previsión más lejana de sus efectos, juicios y conclusiones lógicas de una estructura más sólida, y como consecuencia de todo esto un sentido más agudo de la realidad, una integración más abundante de elementos del presente y del porvenir en las representaciones, un conocimiento más amplio

y mejor fundamentado. En último resorte, el conocimiento sirve al hombre para poder orientarse más fácilmente en la naturaleza, para asegurarse condiciones de existencia más favorables, para mejor satisfacer su instinto de conservación. El conocimiento es pues la forma intelectual de la adaptación y el progreso una nueva aproximación cada vez más estrecha al estado en el cual el hombre se encontraba con relación al ambiente antes del primer período glacial que siguió á su aparición sobre la tierra y que se puede, si se quiere, calificar de paradisiaco. En otros términos: el progreso consiste en esto que la humanidad se prepara de nuevo por medios artificiales las condiciones favorables de existencia que no encuentra en la naturaleza y esto en provecho no sólo de sus individuos favorecidos, sino también de la masa media.

Este resultado del examen, esta respuesta á la cuestión del progreso no sólo procurará una decepción á muchas personas, sino que las indignará positivamente. «¡Cómo!, dirán; ¿todo el progreso no tendría pues por efecto más que colocarnos en el mismo estado en que se encuentran desde su nacimiento todas las especies animales y vegetales que prosperan en las condiciones actuales de nuestro globo terrestre? ¿Todos nuestros esfuerzos continuados desde hace millares de siglos no habrán tenido para nosotros más que la sola utilidad de hacernos participar de las ventajas del más minúsculo de los bacilos? ¿Con nuestro saber que abarca el espacio infinito y nos hace familiares la materia, el estado y el movimiento de las nebulosas cósmicas más lejanas, con todos nuestros descubrimientos é inventos, no habríamos obtenido por todo resultado más que poder mantener con algún trabajo nuestra pobre vida querida, ni siquiera tan holgadamente como nuestros antepasados más remotos que vivían rodeados por una atmósfera suave y tibia, no tenían necesidad ni de abrigo artificial, ni de fuego, ni de vestidos y podían coger su alimento en la primera rama de árbol que encontraban al paso? ¿Semejante gasto de fatiga y de trabajo para obtener tan mezquino resultado? Es imposible que la

sola materialidad de la vida valga la pena de esas luchas incasantes y gigantescas del espíritu».

Toda la rebeldía del amor propio herido no sirve de nada contra la verdad humillante. Lo que la vida humana pueda valer objetivamente, desde un punto de vista extra-humano, lo ignoramos. Á la humanidad misma siempre le ha parecido un bien supremo, á pesar de la afirmación contraria de Schiller que puede ser verdad en condiciones excepcionales, en la medida en que no se trata más que del individuo. Todo cuanto la humanidad posee en fuerzas y en capacidades, nunca ha creído poder emplearlo mejor que en la conservación de la vida. La vida es sentida y se basta como un fin en sí; esto ha sido negado por poetas y pensadores que han emitido la opinión que la vida no vale lo que cuestan ciertos esfuerzos. Marcial considera como el error más grande «*propter vitam vivendi perdere causas*», sacrificar á la vida las razones de vivir y supone así que la vida tiene razones de ser que están fuera de ella y la rebasan. Dieciocho siglos después, Jorge Simmel confiesa una opinión análoga, explicando la inquietud, el descontento y las aspiraciones vagas, pero dolorosas del hombre de hoy por el hecho que en presencia de la gran complejidad de la civilización moderna y de la división extrema del trabajo, el individuo está imposibilitado para apercebir el objetivo y la utilidad de su trabajo, lo que le hace considerar como vacía y desprovista de sentido toda su actividad atareada y hasta su misma existencia y le hace descontento de sí mismo y de su vida. Esas son ideas ingeniosas que se le pueden ocurrir á uno ante su mesa de trabajo, pero no se le ocurrirán contemplando á los hombres y su manera de ser y de obrar. El sentimiento vital es en sí mismo un sentimiento de placer y el solo hecho de sentir ese placer procura al hombre en vida satisfacciones que le estimulan suficientemente á conservársele á toda costa. Sólo cuando el nivel de los raudales de la vida comienza á bajar en el organismo, cuando los procesos físico-químicos que acompañan á la vida se realizan más lentamente, más penosamente, con más inter-

mitencias en todas las células, sólo entonces la cenestesia no es ya sentida como un sentimiento de placer: sentimientos de desagrado se mezclan con ella y la dominan y hasta pueden ahogarla, y la razón determinada por las impresiones penosas que surgen de la subconciencia, llega á preguntarse cuál es el objeto de la vida y el sentido de su trabajo.

Toda meditación sobre el objeto y el sentido de la vida, cuando es inspirada por un impulso íntimo, espontáneo y no es un efecto de la imitación simple ó una gimnástica escolar del espíritu, es un síntoma de indisposición moral y de debilidad, de enfermedad ó de vejez. Jamás un hombre en la plenitud de sus fuerzas que se sienta varias veces al día hambriento á la mesa, desea amorosamente á una mujer, contempla con alegría á sus hijos que crecen, disfruta del despertar de la primavera, jamás un hombre así se preguntará con inquietud si todos esos sentimientos y apetencias variadas y su satisfacción hacen la vida digna de ser vivida, si constituyen un contenido suficiente de la vida. No busca el objeto ó el sentido oculto de la vida, sino que reconoce uno y otro, con su plena satisfacción, en las sensaciones inmediatas del momento. Del mismo modo, ni la imposibilidad de abarcar con la mirada, en todo instante, el trabajo colectivo organizado de una comunidad civilizada, ni la aridez intelectual de la tarea que en una división del trabajo llevada muy lejos toca en suerte al individuo, son de naturaleza á producir en éste una depresión moral y á llenarle de dudas dolorosas en cuanto al objeto y al valor de la existencia. Si Jorge Simmel prestase atención á la sabiduría de las naciones, oiría el proverbio francés: «no hay oficio estúpido, no hay más que gentes estúpidas». Toda ocupación parece al hombre sencillo justificada y racional, desde el momento que le permite vivir, á él y á los suyos; únicamente desea verla lo más provechosa posible para él y no se crea preocupaciones acerca de la importancia que puede tener en la economía total de la colectividad. La especulación acerca del objeto y el sentido de la vida es un trabajo de la razón, mientras que el deseo de vivir, la

alegría de vivir son sentimientos que nacen y persisten fuera de la razón y no están por ella influídos.

La cuestión del sentido y del objeto de la vida de los hombres y de la humanidad es del orden de las cuestiones del sentido y de la finalidad del Universo, del origen, del término y de la finalidad de todos los procesos cósmicos, es decir que no tiene respuesta racional y que no se puede entregarse acerca de ella más que á ensueños fantásticos. Pero si nos atenemos á la realidad, si evitamos seguir toda idea arbitraria que nos cruza por la mente y nos dejamos guiar por los hechos, llegamos necesariamente á la comprensión que todo el trabajo prehistórico é histórico de la humanidad no ha tenido por objeto más que su propia conservación. La humanidad observaba, examinaba, meditaba, aspiraba al conocimiento; descubría, inventaba, á fin de vivir mejor, más fácilmente, con mayores seguridades y de procurarse mayor suma de sentimientos de placer. Fundaba Estados, organizaba sociedades, creaba instituciones, costumbres, hábitos, leyes, entablaba guerras, conquistaba, hacía revoluciones al principio para procurar á individuos superiores satisfacciones más ricas y más cómodas á expensas de la masa media sacrificada, luego después para restringir cada vez más el parasitismo de los individuos superiores y asegurar cada vez más á la masa media el disfrute de los productos de sus propios esfuerzos. El mantenimiento de la humanidad frente á la naturaleza hostil, y en el seno de la humanidad, la colocación en el mismo nivel de las exigencias vitales de los individuos ordinarios y de los individuos superiores, constituyen el objeto del progreso y suministran su medida. Todos los que han colaborado en él han trabajado siempre para una obra concreta inmediata; postular, adivinar é inquirir una finalidad del progreso situada más allá de la existencia de la especie no es hacer acto de conocimiento, sino abandonarse al ensueño, y los que se han abandonado y lo han revestido con bellas palabras y lo han desarrollado con complacencia, no tienen en el progreso la menor participación y son á lo sumo

instrumentistas que, acompañándole con música, introducen un ritmo en su marcha.

El método con arreglo al cual el progreso se realiza en el seno de la humanidad ha sido siempre el mismo en el transcurso de la historia. Hemos visto que progreso significa ensanchamiento y profundización del conocimiento. Ahora bien, este es el trabajo de una pequeña minoría; la civilización de la humanidad se elabora en la cabeza de unos cuantos hombres superiores dotados de una fuerza de pensamiento y de voluntad más grande, de una atención más aguda y más sostenida, de una conciencia más comprensiva, de asociaciones más ricas, de un sentido de la realidad más despierto, en suma de una energía más poderosa de las células cerebrales. Estos hombres superiores no soportan las trabas y obstáculos de la ciencia oficial, no están dominados por el prejuicio de la tradición y son extraños al misonerismo. Leen menos en los libros que en el fenómeno del mundo, prestan menos atención á la palabra del maestro que á las voces de la naturaleza y logran alcanzar modos de ver personales acerca de los procesos naturales y de su encadenamiento. Todas las comprensiones, descubrimientos é inventos que significan otras tantas adaptaciones mejores á las condiciones de existencia naturales de la especie son obra suya; ellos son los verdaderos héroes de la historia de la humanidad, y no las seis categorías que distingue Carlyle (1): los patriarcas de tribu divinizados, los profetas, los poetas, los sacerdotes, los escritores, los reyes. La única cosa verdad es que el culto de los héroes se dirige á estas categorías y no á los genios silenciosos que casi siempre crean en la obscuridad y la soledad, son casi siempre mal apreciados en vida ó por lo menos permanecen ignorados y no ven casi nunca madurar el fruto de sus esfuerzos hasta el punto de poder disfrutar de él. Es puramente un galimatías místico cuanto dice Car-

(1) Tomás Carlyle *On Heroes and Hero-worship and the Heroic in History. Six lectures reported, with emendations and additions.*

lyle (1) al definir así á los grandes hombres en su *Sartor Resartus*: «Son los textos inspirados (hablando y actuando) de ese libro divino de las revelaciones cada uno de cuyos capítulos se acaba de una época á otra y se llama historia por algunos». Vico (2) se forma una idea mucho más exacta de la verdad, cuando dice de los héroes: «Eran... en grado superlativo rudos, feroces, de una inteligencia extremadamente limitada, pero de una imaginación extraordinaria y de naturaleza violentamente apasionada; á consecuencia de estas propiedades tenían que ser bárbaros, crueles, groseros, salvajes, orgullosos, exigentes y tenaces en sus proyectos». De estos héroes del tipo descrito por Vico, á los cuales se dirige también en parte la veneración de Carlyle, es de los que se ocupa principalmente la historiografía corriente. Fijan la atención de los contemporáneos y por los testimonios de admiración de éstos, de la posteridad; ellos son los que se encargan de la parte melodramática de la historia, de las guerras, de las conquistas, de las revoluciones; á ellos es á quienes se hace remontar la configuración del mapa de los países, las fundaciones, los límites, los cambios de los Estados, el origen de las constituciones y de las leyes; en ellos se personifican, sintetizándolas, las aspiraciones y las hazañas de un pueblo ó de una época. Pero el verdadero trabajo lento de adaptación merced al cual la humanidad vive, es realizado detrás de esas ruidosas y brillantes figuras de primer plano por los investigadores científicos. Estos son los educadores de la humanidad en el sentido de Lessing; el saber conquistado por ellos deviene el patrimonio común de las generaciones siguientes

(1) Tomás Carlyle. *Sartor Resartus*. London, Ward, Lock and C.^o, s. d., pág. 120.

(2) *Cinque libri di Giambattista Vico dei principi d'una scienza d'intorno alla comune natura delle nazioni*. Seconda impressione. Nápoles, 1730, pág. 320. «Gli eroi... erano in sommo grado goffi, fieri, di cortissimo intendimento, di vastissime fantasie, di violentissime passioni; per lo che dovetter' essere zotici, crudi, aspri, fieri, orgogliosi, difficili, ed ostinati ne' lor propositi».

á las cuales se les inculca en su juventud, cuando son todavía plásticas y no están petrificadas en hábitos de pensamiento refractarios, y este ensanchamiento progresivo del horizonte de las masas que serían incapaces por sí mismas de descubrir verdades desconocidas, tiene por efecto una utilización mejor de los recursos naturales y un aumento de valor del individuo.

Los parásitos poderosos no contribuyen en nada á la ampliación del saber, por consiguiente al progreso, pero su egoísmo clarividente les enseña á apropiarse todos los descubrimientos é inventos que les son útiles haciéndoles más fácil la explotación de los más débiles. Su papel consiste pues en hacer transformarse en realidades prácticas, materiales, el trabajo intelectual de los investigadores científicos; tratan entonces de monopolizarlas en su provecho, pero no pueden impedir que su conocimiento y su uso se extiendan poco á poco. Así es como sin darse cuenta arman á los débiles para la resistencia eficaz contra ellos y hacen ellos mismos su explotación parasitaria cada vez más difícil, hasta que ésta no pueda ser posible en un porvenir que se puede prever, sino para los tipos humanos más poderosos, para los hombres de voluntad más vigorosa, para los más audaces, los más astutos.

La humanidad vive gracias á sus genios, pero los genios no viven gracias á la humanidad; ésta no les da nada más que lo que da á cada uno de sus miembros, infinitamente menos que á los parásitos que la explotan. Se tiene la tentación de considerar estas relaciones recíprocas como injustas é ingratas, pero este sentimiento es un simple reflejo religioso que deriva de la misma fuente de la que derivan la adoración primitiva del sol, el culto fálico, la veneración de todas las fuerzas de la naturaleza reconocidas como bienhechoras. El sol, que casi por sí solo sostiene la vida sobre la tierra, se preocupa bastante poco de saber si le estamos agradecidos ó no, y agradecidos con la segunda intención que con eso le conservamos en su útil humor de generosi-

dad; difunde la luz y el calor sin saberlo y sin quererlo, no hace en nuestro obsequio ningún sacrificio, no tenemos pues moralmente ninguna obligación hacia él. El genio que encuentra e inventa, no crea inconscientemente como el sol emite energía, pero ni más ni menos que éste, no obra con la intención de hacer feliz á la humanidad. Entre los impulsos que mueven al genio, la consideración hacia la humanidad, la idea de aportarla un beneficio, no tienen papel ninguno; esta idea surge en el mejor caso á consecuencia de una reflexión ulterior, cuando una nueva verdad ha sido descubierta; los móviles del genio son los mismos que los de todos los demás hombres; necesidades vulgares y nobles, es decir generales y diferenciadas; ansia de conocer servida en este caso por una capacidad creadora más fuerte que en el hombre ordinario, deseo de elevarse y de buscar el bien personal. No puede pues pretender moralmente á la gratitud de los demás y halla su recompensa en la satisfacción de lograr el objeto que se ha propuesto. Otra cosa que hay que tener en cuenta: ningún genio crea exclusivamente con sus medios propios; es el heredero de los trabajos de todos los genios que le han precedido; no es concebible sin ellos. Recibe á su entrada en la vida un patrimonio que hace fructificar y aumentar; así es como una genealogía espiritual liga unos á otros á los promotores de la humanidad que se han transmitido de una á otra generación el saber adquirido. Forman un linaje aparte que se sitúa por encima del nivel medio; son como una especie dentro de la especie, como un órgano de la humanidad diferenciado en vista de una función especial. Todo lo que los *Eroi* de Vico crean para las necesidades de su parasitismo egoísta, las instituciones políticas y sociales violentamente coercitivas, constituyen un marco en que los individuos demasiado débiles para romperle ó utilizarle en su provecho personal están obligados á entrar de buen ó mal grado, sin que este lazo puramente exterior establezca entre ellos relaciones íntimas. Resulta de ello, á la verdad, una apariencia de unidad de la especie ó por lo menos de la

nación, pero sería un error considerar, con los Scháffle, los Lilienthal, los Gumplowicz, los Durkheim, los Worms, etc., esta unidad del rótulo como una unidad orgánica. El saber, por lo contrario, establece realmente entre los individuos que participan de él un lazo intelectual y moral; da á cada cual y no quita nada á nadie; se convierte en un órgano artificialmente yuxtapuesto al hombre en vista de la lucha por la existencia, un instrumento que no podría nunca forjarse por sí solo y del cual se halla en posesión por su sola adhesión á la colectividad. El individuo que formando parte de una sociedad llegada á ciertos conocimientos, no los posee, semeja á un hombre privado de un sentido, á un sordo ó á un ciego, á un aborto de pájaro desprovisto de alas, pero el que los posee, los ha recibido, lo mismo que su estructura corporal y sus propiedades innatas, de las generaciones anteriores y se halla mediante ellos ligado orgánicamente á aquellas y á sus contemporáneos.

El progreso produce pues estos dos efectos en apariencia contradictorios: hace por una parte al individuo más independiente y más capaz de afirmarse frente á sus congéneres, y establece por otra parte entre los individuos una cohesión muy preciosa para ellos y cuya ruptura les dejaría menos bien desarrollados, peor armados. Pero estos dos efectos no son sino aspectos diferentes de una adaptación cada vez más perfecta á las condiciones de existencia dadas.